

Se trata de una novela nominada al Booker de este año. Una inmigrante turca manda a renovar su baño en un pueblo italiano y los constructores le entregan, en cambio, una réplica de la celda de una prisión turca. Puede entrar y salir de ella por la puerta de su propio dormitorio. Un libro que en términos de estilo intersecta surrealismo onírico con realismo mágico, Kafka con García Márquez. Logra algo que la ensayística sobre autoritarismo rara vez consigue: mostrar que el exilio no termina cuando uno cruza la frontera, sino que se instala como arquitectura permanente dentro de la casa nueva. Así recuerdo yo el exilio de mis padres. Lei la novela pensando en mi biografía, por cierto, la del exilio chileno. Pero también pensaba en Venezuela y Cuba, en Bukele y De la Espiella, en Guantánamo y Managua. Orhan no escribe sobre ninguno de estos casos, escribe sobre Turquía, pero la estructura que revela es isomórfica. Hay parentescos evidentes; las telenovelas turcas no son, al final, tan diferentes de las colombianas. La pregunta que deja flotando, y que me parece la pregunta correcta, es por qué juzgamos con tanta fluidez unos autoritarismos y con tanta pereza otros. No está traducida al español aún, pero dado su éxito es inminente que esté disponible.